

PRÓLOGO

HACE UNOS SIETE AÑOS Y MEDIO

EDEN

Mi cabello negro y liso rodea el inodoro de porcelana cuando me asalta otra violenta arcada. No me queda nada en el estómago, pero el simple olor de los productos de limpieza del baño del restaurante ha desencadenado esta oleada de náuseas.

¿Acabará alguna vez este sufrimiento?

Me tiemblan las manos cuando me limpio la boca y tiro de la cadena. No sé si el temblor se debe a los nervios o a la falta de alimento. Quizá a las dos cosas.

Después de lavarme las manos me vuelvo a aplicar el pintalabios rojo y el delineador de ojos negro, que se ha corrido por las lágrimas que se me han escapado durante los vómitos. Cuando acabo de arreglarme el maquillaje por fin me atrevo a mirarme en el espejo, pero apenas reconozco a la mujer que aparece en el reflejo.

Es atrevida y hermosa. Es intrépida e inteligente.

Está frente al espejo en el baño de un restaurante de lujo, con un vestido negro ceñido que estrena ese día, a punto de ir a su primera cita con un multimillonario al que ha conocido en una aplicación de citas fetichista, y finge que no está muerta de miedo.

Esta mujer no soy yo.

Pero estoy dispuesta a fingir esta noche. Debo hacerlo. Si no es por mí, tendré que hacerlo por la vida que crece dentro de mí, tendré que fingir ser esta mujer porque me niego a volver atrás. Esta mujer es inteligente, sexy y lo bastante atrevida como para seducir a un hombre mayor y rico a cambio de un billete de ida para salir de su propia vida.

Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para que él me ayude a apartarme de mi marido.

Y puede que tenga miedo, pero no me avergüenzo.

Me pongo el *clutch* bajo el brazo, tiro la toalla de papel a la basura y salgo del baño. Mantengo la cabeza alta mientras me acerco al mostrador de la recepcionista, y, cuando llego, le doy mi nombre con toda la confianza en mí misma que soy capaz de proyectar.

—Eden St. Claire.

—Sí, el señor Kade ya la está esperando —responde la recepcionista—. Por aquí, por favor.

Estrecho con más fuerza el *clutch* contra mi cuerpo e intento frenar el temblor de mis manos mientras la sigo. En lugar de llevarme a la multitud de mesas del elegante restaurante, se dirige hacia una cortina que conduce a unas escaleras. La sigo por unos sinuosos escalones de hierro forjado hasta llegar a la azotea del edificio.

Cuando abre la puerta, me quedo paralizada: una guirnalda de luces cubre la terraza del restaurante, que tiene vistas a la bahía; en la distancia, oigo el sonido de las olas al romper contra la orilla. Hay una sola mesa en el centro, y un hombre alto con el pelo entrecano está junto a ella, contemplando pensativo el mar oscuro, con el reflejo de la luna arrancando destellos al agua.

Se gira al oír cómo se abre la puerta y me sonrío con una expresión cálida y sincera.

—Eden —murmura, acercándose a mí.

Mientras se aproxima, me doy cuenta de lo guapo que es, lo que supongo que es bueno y que hará que las cosas sean mucho más fáciles. Su perfil estaba acompañado de una foto, pero nunca me fío del todo de esas imágenes, así que es un alivio ver que es igual de guapo en persona.

—Hola, señor Kade —respondo con una sonrisa; él me coge la mano y me da un beso en los nudillos.

—Estás preciosa esta noche. Muchas gracias por venir.

—Gracias por invitarme —respondo.

Cuando noto el temblor en mi voz y me doy cuenta de lo tensa que es mi sonrisa, me recuerdo a mí misma que debo ser la mujer del espejo: audaz, hermosa, intrépida.

—Por favor, siéntate.

Con mi mano aún descansando suavemente en la suya, lo sigo hasta la mesa: donde me retira la silla para que yo pueda tomar asiento.

Hay una vela en el centro de la mesa y un plato a cada lado, muy ornamentados. Siento una oleada de ansiedad al ver los tenedores de distintos tamaños; me recuerdan que este no es mi sitio, que no soy rica ni de clase alta, que nunca he cenado en ningún restaurante que tuviera distintos cubiertos, grandes y pequeños, alineados junto a los platos.

Pero esta noche... no soy yo misma.

—He pedido una botella de Château Lafite —comenta él, tomando asiento frente a mí—. Espero que te guste el vino tinto.

Se me revuelve el estómago y vuelvo a sentir ese temblor en mis manos.

—La verdad es que yo... no bebo —balbuceo.

Abre los ojos de par en par por la sorpresa, pero su expresión no tarda en relajarse con comprensión.

—Por supuesto. De todos modos, es mejor estar sobrio y lúcido. —Llama a la camarera antes de que desaparezca de nuevo en el restaurante—. Por favor, cancele el pedido del vino y, en su lugar, tráiganos una botella de agua con gas. Gracias.

—Por supuesto, señor Kade —responde ella con una sonrisa cortés.

Cierro la boca antes de disculparme por poner las cosas difíciles. La mujer del espejo no se disculpa por expresar sus preferencias. No tiene nada de qué disculparse.

Yergo los hombros y miro al hombre que está sentado al otro lado de la mesa.

Ronan se relaja en su asiento.

—Bueno, Eden, háblame un poco sobre ti.

—Bueno, todo lo que digo en la aplicación es cierto. Estoy buscando un amo.

—He leído tu perfil y todos los mensajes que has enviado, pero lo que quiero saber es quién eres. Cómo es la auténtica Eden.

Tengo que obligarme a tragar saliva.

—¿Cómo soy? —Mi tapadera ha saltado por los aires. Ha descubierto mis mentiras. El miedo se apodera de mí, y me cuesta respirar—. Eeeh... —vacilo.

—Sí. ¿Qué te hace feliz? ¿Cómo es tu familia? ¿Te gustan más los perros o los gatos? Esa clase de cosas.

Entreabro los labios, sorprendida.

—Ah —murmuro.

Como no digo nada durante un momento, se echa hacia delante, con el ceño fruncido.

—Lo siento si te he dado la impresión de que esto iba a ser un rollo rápido. Me gusta conocer a las mujeres con las que me acuesto, sobre todo si vamos a tener una relación dominante-sumisa. Y como en tu perfil decías que eras nueva en este estilo de vida, he pensado que podríamos tomarnos un tiempo para conocernos primero. ¿Te parece bien?

La verdad es que tengo un poco de prisa por conquistar a este hombre rico, al menos lo suficiente como para que esté dispuesto a gastarse el dinero en mí. Si me compra joyas o ropa de diseño, puedo empeñarlas y dedicar lo que me den por ellas a algo más útil.

Pero, si lo pienso con lógica, me siento más tranquila al saber que no es un cretino superficial y ávido de sexo, aunque, si lo fuera, eso querría decir que llegaríamos más rápido a la cama y más rápido al dinero.

Inspiro hondo, lo miro a los ojos y le miento con absoluto des-
caro.

—Las cosas que brillan me hacen feliz. Mi familia es cariñosa y humilde, pero no viven tan cerca como me gustaría, así que a menudo estoy sola. Y, sin duda, me gustan mucho más los gatos. —*Mentiras, mentiras, mentiras.* Ronan parpadea con escepticismo, lo que me preocupa. Si no se cree que solo soy una mujer hermosa y solitaria a la que le encantan las joyas, mi plan va a fracasar mucho más rápido de lo que había previsto. Solo puedo permitirme pasar unas cuantas noches más en el motel antes de quedarme sin opciones—. ¿Y qué me dices de ti? —pregunto con expresión interesada.

—Yo... —comienza a decir, pero en ese momento nos interrumpe la puerta de la azotea al abrirse, y un camarero se acerca con una enorme bandeja sobre un hombro—. Ah, espero que no te importe. He pedido unos entrantes para empezar. Las vieiras aquí están para chuparse los dedos.

En ese momento, el camarero deja una fuente de plata sobre la mesa y mi estómago se contrae al sentir el penetrante olor a marisco que llega directamente a mi nariz.

Un sudor frío y pegajoso me cubre la frente, y se me llena la boca de saliva. No voy a llegar al baño. Tendré suerte si consigo abandonar esta silla.

Sin previo aviso, me levanto de un salto de la mesa y salgo corriendo, trastabillando sobre los tacones, me echo sobre la barandilla que bordea la azotea y vomito hacia la playa desierta que hay debajo. Me da una arcada, y otra, y otra más, y el viento me revuelve el pelo, que se me pega a la cara y al cuello.

Mientras vacío el estómago, pienso en lo humillante que es todo esto. Estoy fingiendo ser una persona diferente para intentar estafar a un desconocido rico, una persona que está dispuesta a acostarse con él y a hacer Dios sabe qué, pero ahora tendré que salir del restaurante con el rabo entre las piernas, de regreso a ese motel infecto y ruidoso que apenas puedo permitirme y en el que tendré que quedarme hasta que se me ocurra otro plan.

Entonces siento algo fresco y húmedo en la nuca. Cuando cesan las arcadas, unas manos cálidas y suaves me apartan el pelo de la cara y me lo recogen en una coleta en la nuca.

Maravilloso... Acabo de intentar estafar al multimillonario más amable de California.

Bien hecho, Eden. Ahora no podré sacarle ni un centavo sin sentirme como la peor persona del mundo.

—Bebe esto —me dice. Un vaso frío toca mis labios, y lo cojo. Bebo lentamente el agua para no volver a irritar mi estómago. Después de unos sorbos, él coge el vaso y me quita una toalla húmeda del cuello y me la pone en la frente. Me da un poco de vergüenza, pero es agradable. Cierro los ojos cuando él me da unos suaves toquitos en la cara húmeda con la toalla—. ¿Estás mejor? —susurra.

Asiento, pero al moverme es como si hubiera provocado la caída de las lágrimas que he estado conteniendo desde que me enteré de lo del bebé, y poco a poco se deslizan por mis mejillas.

—Lo siento —respondo, con la voz quebrada. Cuanto antes salga de este restaurante, mejor.

—No te disculpes. He pedido que retiren el plato.

—Supongo que debería irme —digo.

Pero no me muevo. Dejo que su alta figura me proteja del viento y le permito que me seque la cara, tranquilizándome tanto que me da igual lo que le ocurra al maquillaje.

—Ven aquí —murmura, y al instante caigo en sus brazos, sin saber muy bien por qué ni cómo puedo sentirme tan cómoda con un hombre al que acabo de conocer. Pero sus manos son grandes y me

hacen sentir segura, y aunque sé que no voy a sacar ni un centavo con este estúpido y elaborado plan, no hay nada de malo en disfrutar de un abrazo antes de irme.

Quizás sea porque no me está reprendiendo ni llamándome estúpida. No me está diciendo que solo pienso en mí misma y que todo lo malo que pasa es culpa mía de alguna manera. En lugar de abofetearme y escupirme insultos, me acaricia la espalda y me dice que todo va a salir bien.

Y eso es suficiente para hacerme llorar de verdad.

—No puedo permitir que te vayas así, Eden. ¿Me dejas al menos darte de comer primero?

Me aparto con un sollozo.

—¿En serio?

—Vamos; siéntate y yo pediré.

Veinte minutos más tarde, la mesa está cubierta con una variedad de platos diferentes. Hay un *risotto* frente a mí. Luego, en el centro, hay una cesta de pan francés, un plato lleno de fruta fresca y una bandeja con pechuga de pollo en filetes acompañados de verduras salteadas.

Se me hace la boca agua al ver la fruta. Cojo un trozo de piña fresca del plato con uno de los elegantes tenedores y me lo llevo a la boca con un murmullo de satisfacción.

—¿Cómo se te ha ocurrido lo de la macedonia de frutas? —pregunto con una sonrisa cuando el sabor no me hace vomitar inmediatamente de nuevo.

—Mi primera esposa tenía antojo de piña durante el embarazo —responde con indiferencia. Por un momento asiento, sorprendida de que haya estado casado y haya tenido hijos, pero luego me doy cuenta de que no debo de parecer muy buena guardando secretos.

—¿Cómo sabes...? —pregunto, paralizada con el tenedor en el aire, a punto de volver al plato de fruta—. Quiero decir, yo no...

—No pasa nada —responde Ronan con una sonrisa tranquila—. Me he dado cuenta después de que hubieras rechazado el vino y hubieras vomitado la comida por el olor a pescado. Recuerdo bien esa fase.

Durante un momento no digo nada. Él sigue sentado al otro lado de la mesa, y yo me pregunto qué leches debo hacer ahora. ¿Qué digo? ¿Que he aceptado acudir a una cita fetichista entre amo

y sumisa sabiendo que estoy embarazada de seis semanas? ¿Que nunca había pensado en decírselo? ¿O lo confieso todo sin más?

—Es complicado —digo.

Él asiente.

—Seguro que lo es, pero no te preocupes. No necesito saber los detalles.

Ronan y yo entablamos una conversación agradable. Me cuenta cómo perdió a su primera esposa y a su hijo en un accidente de coche hace veinte años; cómo ha renunciado a las relaciones duraderas después de que le rompieran el corazón una y otra vez, lo que lo llevó a invertir en la empresa que gestiona la aplicación con planes de expansión en el futuro.

—Así que te gusta mucho esto... —comento, y mordisqueo un trozo de pan. Comer despacio, a pequeños bocados, es lo único que parece mantener a raya mis náuseas.

—¿Te refieres al BDSM?

—Perdona. Todo esto me resulta muy extraño.

—No pasa nada. Leí en tu perfil que era nuevo para ti. Para responder a tu pregunta, sí, me gusta mucho.

—No eres como esperaba —digo con una sonrisa tímida.

—Para ser sincero, tú tampoco. Y no me refiero solo a la situación. —Sus ojos se posan en mi vientre y yo pongo una mano allí, pensando con nostalgia en la nueva vida que crece en mi interior—. Dime —enarca una ceja—, ¿fuiste tú sincera en tu cuestionario sobre fetiches?

Abro la boca, sorprendida.

—¡Por supuesto! ¿Por qué?

Agacha la cabeza y me mira fijamente, como esperando a que me sincere. Es demasiado agradable como para mentirle, y como hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómoda con un hombre —si alguna vez me he sentido así—, no soporto la idea de mentirle. Así que me rindo en cuestión de segundos.

—Está bien, de acuerdo. No fui del todo sincera.

—¿Por qué mentiste? ¿Por qué querías que el cuestionario te dijera que eras sumisa?

Cuando abro la boca, dispuesta a argumentar que no quería que me dijera eso en absoluto, me doy cuenta de que quizá sí era esa mi intención. ¿Y si nunca se trató de emparejarme con un amo

rico? ¿Y si respondí a ese cuestionario como sumisa por otras razones?

De repente, me encuentro diciendo lo más sincero que le he dicho en toda la noche.

—Creo que quería que me dijera que soy sumisa porque ese es el papel que he desempeñado toda mi vida. Le pertenecía a mi padre, le pertenecía a mi pequeño pueblo y a todas las expectativas que se habían depositado en mí y luego le pertenecí a mi marido. Pensaba que eso era lo que quería porque así es como debe ser.

—¿Y eso es lo que quieres? —pregunta, con sus cálidos ojos marrones clavados en mi rostro.

Con mi siguiente inspiración me siento renovada. Y no se trata de sexo, de BDSM ni de nada por el estilo: por primera vez en mi vida me doy cuenta de que no estoy hecha para el papel que he estado desempeñando. Las cartas que me han tocado nunca han sido las mías. Así que, con confianza y audacia, como la mujer del espejo, miro fijamente al hombre que está sentado frente a mí.

—No —respondo. Luego añado—: No sé lo que quiero.

—Mmm —añade él; se recuesta en su asiento y me estudia con atención—. Por mucho que desee que seamos compatibles, me temo que no es así. Pero me encantaría enseñarte si quieres aprender. Imagino que te espera un viaje increíble, Eden, y no me refiero solo al bebé.

La emoción hace que se me forme un nudo en la garganta, y me pican los ojos al sentir el impacto de esas palabras. Esperaba venir a esta cita y, con suerte, despertarme con un nuevo collar de diamantes o unos zapatos de diseño. Nunca llegué a pensar que me haría cuestionarme los resultados de un test sobre fetiches. Pero ahora, de repente, quiero correr a casa y repetir el cuestionario.

Si quiero empezar de cero, tengo que hacerlo siendo yo misma, sea quien sea. No volveré a ser la mujer que era antes. No seguiré interpretando un papel para complacer a los demás. Ha llegado la hora de ponerme a mí misma en primer lugar.

—Quiero aprender —respondo con confianza.

Ronan sonríe y levanta su copa de agua con gas para brindar. Yo alzo la mía y la choco con la suya. Me siento como si me encontrara ante el comienzo de algo grande, y eso vale más que el dinero. Esta vez, cuando pienso en la mujer del espejo, en lugar de creer que es otra persona, me imagino que soy yo.

REGLA N° 1

El amor no es más que otra forma de control

EDEN

—Has sido un chico muy malo.

El látigo vuela con un chasquido y el hombre atado al aspa de madera grita a través de la mordaza que tiene en la boca. En su mano derecha, el pañuelo de seda roja sigue bien agarrado en su puño. Esta es nuestra señal no verbal para comunicarnos, ya que en este momento tiene la boca tapada. En el momento en que ese trozo de tela cayera, yo me detendría.

Una vez cada sesenta días más o menos él viene y me paga para que lo lleve al límite del dolor, y le encanta que lo humille mientras lo hago.

Según mi experiencia, este tío debe de sentirse culpable por algo y necesita a alguien como yo para castigarlo por ello. Algunas personas van a confesarse o rezan unos avemarías, y otras acuden a mí. No es asunto mío conocer todos los detalles. Mi trabajo es ser su *domme* por una noche.

Después de nuestra tercera ronda de seis azotes, le doy otro descanso, para dejarle respirar, sudar y llorar.

—Patético —le susurro al oído, y él suelta un gemido agónico—. Un buen chico aguantaría el dolor, pero tú no eres un buen chico, ¿verdad? —Él niega con la cabeza—. ¿Vas a ser un buen chico ahora? —Él asiente. Tiene los ojos cerrados con fuerza y las lágrimas, las babas y el sudor cubren su pecho desnudo. Y por muy asqueroso que sea, me encanta ver a las personas así. Es como un ritual de purificación o un exorcismo. Vienen a mí cargados con su bagaje, su culpa, su dolor, su preocupación y su estrés, pero en pocas horas, ya sea por el dolor o por el tiempo que pasan en el su-

bespacio, se marchan sintiéndose renovados y revitalizados. Suelto el broche de la mordaza de bola que está en la parte posterior de su cabeza. Vuelve a gemir por culpa del dolor en la mandíbula cuando por fin puede cerrar la boca—. Dilo, Marcus. Prométele a tu señora que a partir de ahora te portarás bien.

—Lo prometo —dice con voz ronca—, señora.

—No te creo —respondo con un tono frío y sin emoción.

Él gime porque sabe lo que eso significa. Echo otro vistazo al pañuelo de seda, pero él sigue agarrándolo con fuerza.

—Creo que necesitas seis azotes más para estar seguro. ¿Qué opinas, Marcus?

Su pecho se agita con cada respiración, y parece que va a volver a llorar. Entonces asiente.

—Sí, señora.

No me preocupa demasiado. Marcus siempre se pone así al final: parece que quiere parar, pero nunca lo pide, y yo confío en que, si ha llegado a su límite, me lo dirá.

—Dime un color entonces.

—Verde, señora.

Me cierno sobre él, lo agarro del pelo y hago que estire el cuello hasta que grita de dolor.

—Te lo mereces, ¿sabes?

—Me lo merezco, señora. —Su voz es tensa y ronca.

—Después de estos seis últimos azotes volverás a ser un buen chico, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Bien. Esta vez no te amordazaré. Quiero oír cómo cuentas. Y no te olvides de darme las gracias después de cada azote.

Gime cuando lo suelto y me aparto, y su primer grito de dolor casi hace temblar las paredes. Es un sonido hermoso, y provocárselo me proporciona control y un propósito. Incluso cuando me duelen los brazos y se me cansan, me encanta.

Una hora más tarde, tras unos cuidados posteriores muy necesarios, Marcus sale del vestuario con un aspecto más fresco y ligero que cuando llegó. Ya no lleva los hombros encogidos hasta rozarle las orejas y luce una sonrisa perezosa. Estoy tomándome un agua con

gas en el bar cuando él sale del club despidiéndose de mí con un gesto de la mano.

Aunque es un cliente habitual y está acostumbrado a la rutina, va a recibir un correo automático con instrucciones sobre cómo tratar marcas, moratones y sentimientos. No todos los que salen de mis sesiones se van así de felices, por lo que me gusta que estén preparados. Recibir azotes y palmadas en el trasero, literal y metafóricamente, tiende a provocar muchos pensamientos y emociones que no todo el mundo está preparado para afrontar.

Y, con todo, todavía no he recibido ninguna queja.

Mientras sigo tomando mi agua, hago una lista en una servilleta con las cosas que tengo que hacer mañana, o mejor dicho, hoy, ya que son las dos de la madrugada.

«•*Recoger cupcakes.*

•*Reservar entradas para el cine.*

•*Escribir reseña sobre juguetes sexuales.*

•*Pedir cita para depilación*».

Estoy absorta en mis pensamientos, intentando recordar qué más tengo que hacer, cuando levanto la mirada de mi lista y veo a un hombre que pasa a mi lado con un traje azul oscuro. Lleva el pelo, castaño y largo, peinado hacia atrás y tiene una complexión atlética y delgada.

Por un momento me quedo paralizada, esperando a que se dé la vuelta.

De espaldas parece él, aunque no sé muy bien por qué espero que lo sea. Hace meses que no viene por aquí.

Una mujer hermosa se acerca corriendo al hombre, y este la rodea con el brazo antes de volver la cara en mi dirección. Siento una oleada de alivio y decepción cuando me doy cuenta de que, definitivamente, no es él.

Vuelvo a ponerme con la lista de tareas con una mezcla de emociones indescriptible que me recorre el cuerpo entero, pero no consigo concentrarme. Lo único que me viene a la memoria es aquella noche en la que abrí la puerta del club y me encontré a Clay esperándome. La noche en la que todo terminó entre nosotros. Cuando pronunció aquellas palabras devastadoras: «*Solo te quiero a ti*».

La ansiedad se apodera de mi pecho al recordar ese momento. No pasa una noche sin que me pregunte si hice lo correcto. Sigo reviviendo ese instante, repitiéndome una y otra vez que fue lo mejor, pero no consigo convencerme del todo.

En un intento por distraer mi mente de revivir una y otra vez esa misma conversación, doblo la servilleta y la meto en mi bolso. Luego me bajo del taburete y me despido del camarero antes de dirigirme a la salida del club.

Lanzo mi bolsa de trabajo al maletero del coche y me acomodo ante el volante, planificando mentalmente el orden de los acontecimientos del día siguiente. Durante todo el trayecto mi cerebro está organizando el horario. Si llego a casa a las tres, podré dormir seis horas antes de tener que prepararme para afrontar el nuevo día. Si pido las entradas antes del mediodía, podremos comer *cupcakes* y darnos los regalos con Ronan y Daisy antes de que Jack y yo vayamos a la sesión de las siete de la tarde. Si salimos más tarde de esa hora, mañana estará de muy mal humor.

Accedo al garaje a las dos y media en punto, y entro en casa lo más silenciosamente que puedo. La luz de la cocina está encendida, lo que me hace pensar que la niñera todavía está despierta. Y así es: está sentada a la isla de la cocina, escribiendo en su portátil. Cuando me ve entrar, se quita los AirPods.

—Hola —susurra con una dulce sonrisa.

—Hola. Es muy tarde para que estés despierta todavía. ¿Cómo va ese trabajo?

Pone los ojos en blanco.

—Si nunca más tuviera que escribir las palabras «bienestar infantil», moriría feliz.

Me echo a reír y dejo el bolso sobre la encimera.

—Bueno, si algún día quieres ser trabajadora social, lo más probable es que tengas que volver a hacerlo.

Cierra de golpe su portátil.

—No me lo recuerdes.

—¿Qué tal todo? —le pregunto, cambiando de tema.

—Perfecto, como siempre —responde—. Hemos cenado las sobras de espaguetis de la comida y hemos leído cuatro cuentos antes de acostarnos. A las ocho ya estaba profundamente dormido.

—Genial. Gracias de nuevo, Madison.

—No hay de qué. Me encanta pasar el rato con él. Además, así tengo un sitio tranquilo donde ponerme con este estúpido trabajo.

Guarda el portátil y se pasa la mano por los ojos, bostezando. La acompaño a la puerta, agradecida de que viva con sus padres en el barrio de al lado, ya que así no tengo que preocuparme por que conduzca tan tarde por la noche.

—Ya casi lo tienes. Sigue así —la animo, dándole unas palmaditas en la espalda.

—Gracias, Eden. Deséale feliz cumpleaños a Jack de mi parte —añade—. Nos vemos el jueves.

—Nos vemos el jueves —respondo. Espero a que se suba al coche y se aleje antes de cerrar la puerta.

Contraté a Madison hace tres años, cuando se abrió el club, y ha salido muy bien. Es una estudiante universitaria que necesita ganar algo de dinero y pasar tiempo lejos de sus padres. No le importa trabajar hasta tarde, y adora a Jack.

Lo mejor de Madison es que sabe muy bien a qué me dedico, y cree que *«es genial»*, según sus propias palabras, si bien, por decoro, mantenemos esa información en secreto. No me avergüenzo de mi trabajo, pero soy lo bastante lista como para saber que no todo el mundo es tan tolerante y que mucha gente estaría encantada de complicarme la vida con esa información, sobre todo en lo que respecta a Jack.

Después de que Madison se marche, voy de puntillas por el pasillo y echo un vistazo dentro de la primera habitación a la derecha. La lamparita con forma de tiburón proyecta su luz azul y verde sobre las paredes y el techo, y tengo que pasar por encima de los juguetes esparcidos por el suelo para llegar a su cama. Está tumbado boca arriba sobre las sábanas, con su pijama azul a rayas, así que me tomo un momento para contemplarlo y ponerme un poco ñoña.

Sus rizos castaños oscuros reposan revueltos sobre la almohada. Me agacho con cuidado y se los aparto de la cara, me acerco más y le doy un beso en la frente. Tiene el sueño profundo, como yo, así que no se mueve en absoluto.

Luego me tomo otro momento para mirarlo. A partir de hoy tiene oficialmente siete años.

Su cumpleaños me hace recordar el día en que nació. Vivía en la habitación de invitados del apartamento que Ronan tenía en la ciu-

dad y pensaba que aún me quedaban un par de semanas antes de tener que hacer sitio para un bebé. Ronan estaba fuera por trabajo y rompí aguas sin previo aviso mientras leía un artículo en internet sobre las formas correctas e incorrectas de usar un banco para azotes. Incluso hoy en día no puedo ver uno sin recordar el dolor que siguió a ese momento.

Estuve de parto durante horas completamente sola, sin nadie que me cogiera de la mano. Cuando Ronan llegó al hospital, Jack dormía plácidamente en su cuna.

Un par de días después, llevé a casa a un bebé de tres kilos y cien gramos que cambió mi mundo para siempre. Para cuando empezó a gatear, ya teníamos las llaves de esta casa y yo me dedicaba a tiempo completo a mi blog.

Ese día me prometí a mí misma que Jack siempre sería lo primero. Estábamos los dos solos, y siempre iba a ser así. Prefería morir antes que traer a casa a otro hombre que pudiera hacerle a Jack lo que su padre me había hecho a mí. Por muy encantador o rico que sea un tío, me niego a caer en esa trampa otra vez.

El amor no es más que una forma de control.

Y a partir de ese momento yo iba a ser la única que lo controlara todo.

REGLA N° 2

La fruta prohibida siempre es la más dulce

CLAY

—Joder —gimo—. Me voy a correr.

De inmediato Jade aparta sus hermosos labios de mi pene y me mira con los ojos muy abiertos y una expresión juguetona.

—Vas a hacer que nos pillen —susurra.

—Me portaré bien —respondo con un murmullo entrecortado.

Cuando su boca perfecta vuelve a deslizarse por mi miembro casi rompo esa promesa. Me muerdo con fuerza los nudillos de la mano derecha y me obligo a permanecer en silencio mientras ella me hace la mamada de mi vida.

Permanecer en silencio mientras el placer alcanza hasta la última célula de mi cuerpo es casi imposible, y más cuando abro los ojos y la veo tragando con una sonrisa pícara en su rostro.

Dios, amo a esta mujer.

Por supuesto, aún no se lo he dicho. Sería una locura. Jade y yo llevamos saliendo solo poco más de cinco meses, y la mitad de ese tiempo lo pasé sumido en una profunda depresión tras una ruptura sentimental.

Pero ella es increíble y me demuestra todos los días lo fácil que es quererla.

Por otra parte, no hace mucho que pensé lo mismo de otra persona, y así me fue... Además, Jade y yo tenemos un gran obstáculo que superar.

—Voy a echar de menos tener que escabullirme —susurra cuando sale de debajo de mi escritorio. Apoya las manos en los reposabrazos de mi silla, se adelanta hacia mí y yo acerco mi boca a la suya para besarla.

—Deberíamos decírselo —respondo; me meto la camisa por dentro del pantalón y me subo la cremallera.

Ella se aparta.

—¿Deberíamos?

Me río y sacudo la cabeza.

—Cuanto más tiempo lo mantengamos en secreto, más probable será que me mate cuando se entere.

—Te vengaré —responde ella. Entonces frunce la nariz de esa forma adorable tan suya.

La rodeo la cintura con mis brazos y hago que se siente en mi regazo.

—Cariño, si de verdad no estás preparada, lo entiendo. Sabes que haré lo que tú me digas.

—Me encanta eso de ti —responde, y me da un beso.

Estoy pensando en cómo ha dicho «Me encanta» cuando el reloj me vibra en la muñeca.

—Su reunión está a punto de terminar. Será mejor que te vayas.

Ella suelta un gruñido.

—Está bien.

—Asegúrate de mirar a los dos lados antes de salir.

—Lo haré —susurra. Una vez de pie, se arregla la falda, con un estampado floral y que le llega hasta las rodillas, y se estira la camiseta, blanca y sin mangas. Utilizando como espejo mi diploma universitario enmarcado, se peina con los dedos su melena castaña, a la altura de la barbilla, y el flequillo recto. Luego coge su bolso de encima de mi escritorio y me pilla mirándola boquiabierto—. ¿Qué?

—Es que eres simplemente perfecta —respondo. Lo cual es cierto, pero no era lo que estaba pensando.

Lo que pensaba era que Jade no se parece a ninguna otra mujer con la que haya salido. Es joven, dulce y divertidísima. El polo opuesto de la última mujer con la que salí.

Quizá esta sea mi forma de protegerme. Salir con una mujer tan diferente que reduzca el riesgo de que todo vuelva a fastidiarse.

Pero lo extraño es que, por muy diferentes que sean Eden y ella, mis sentimientos hacia las dos son extrañamente similares.

Con una sonrisa muy peculiar, Jade abre la puerta de mi oficina y mira a derecha e izquierda antes de deslizarse por el pasillo hacia la salida. Tengo la suerte de que mi oficina esté cerca de la puerta

trasera, porque así puedo hacerla entrar y salir sin problemas y sin que nadie nos vea, y eso es genial.

Un momento después se abre la puerta del jefe en el extremo opuesto. Oigo los pasos de Will Penner, como pisadas siniestras que se acercan a mi puerta. Cada vez que recorre el pasillo, se me acelera el pulso por la paranoia. Pero cuando asoma la cabeza veo que en su rostro hay una enorme sonrisa, y suspiro, aliviado.

—Hola, Bradley. ¿Tienes hambre? —saluda, utilizando mi apellido, como suele hacer.

—Claro que sí. ¿Qué vamos a pedir hoy? —pregunto, girando en mi silla de oficina.

—Le diré a Jade que nos traiga algo. ¿Qué te parece *sushi*?

—Me parece genial —respondo.

Mi jefe se apoya en el marco de la puerta mientras saca su teléfono y, supongo, escribe un mensaje a la chica que acaba de salir a hurtadillas de mi oficina.

—¿*Dragon roll*? —pregunta, y yo asiento.

—Suenan bien.

Me gusta mucho mi jefe. Es lo bastante indulgente como para hacer que el ambiente sea agradable, pero también lo suficientemente estricto como para convertirme en un mejor analista. He sido su protegido en su empresa de gestión financiera durante los cinco últimos años, y espero que me asciendan antes de que acabe este.

Will me necesita como socio en esta empresa si queremos llevarla al siguiente nivel, como él desea. Es un gran planificador financiero, pero es impulsivo y, a veces, desordenado. Nos complementamos bien, y, si consigo ese ascenso, seremos imparables.

Levanta la vista del teléfono justo cuando se abre la puerta de la oficina, y palidezco al oír una voz dulce y familiar desde el final del pasillo.

—¡Hola, papá! —saluda Jade, acercándose a Will.

—Hola, pastelito. Te estaba enviando un mensaje. ¿Qué te parece si pedimos *sushi* para almorzar?

Ella entra por la puerta, me mira solo un segundo y me dedica un saludo distraído con una mueca de incomodidad.

—Hola, Clay.

—Hola, Jade —respondo, y me vuelvo para mirar mi ordenador, temeroso de que mi expresión me delate sin darme cuenta.

Por el rabillo del ojo veo a Jade besar a su padre en la mejilla. Recordar dónde estaban esos labios cinco minutos atrás hace que quiera morirme de vergüenza.

Jade y yo no planeamos esto. Desde que se graduó en la universidad ha pasado mucho tiempo en la oficina y, como solo estamos Will, un temporal poco fiable y yo, Jade ha estado echando una mano. Después de tantas noches trabajando hasta tarde y almuerzos juntos, todo ocurrió sin más.

Y ahora, aquí estamos. He estado follando con la hija de veintitrés años de mi jefe, a veces en el mismo edificio, durante los cinco últimos meses.

Jade se dio cuenta inmediatamente de mi mal humor después de lo que pasó en el club, aunque no llegué a contárselo. Se acercó y me brindó la atención y el consuelo que necesitaba. A partir de ahí, una cosa llevó a la otra.

—Iré si Clay me lleva. Odio intentar aparcar en el centro —dice Jade con un puchero en mi dirección.

—No te importa, ¿verdad? —responde Will, sin levantar la vista de su teléfono.

—No, señor.

Jade me guiña un ojo cuando me levanto de la silla de mi oficina y me guardo las llaves en el bolsillo. Justo cuando cierro la puerta de mi oficina, Will me lanza una mirada severa.

—Ten cuidado con mi pequeña, Bradley.

Hago todo lo posible por parecer inocente y obediente, asiento y frunzo el ceño.

—Por supuesto. Siempre lo tengo. —Lo digo como si fuera el mejor y más fiable empleado que pudiera imaginar.

Tras eso me dirijo hacia la puerta, con Jade siguiéndome de cerca. Suelo excitarme solo con pensar en estar a solas con ella, así que ya empieza a notarse la erección en mis pantalones antes incluso de salir del edificio.

Conseguimos mantener nuestras manos apartadas el uno del otro todo el tiempo, incluso después de subir al coche y salir del aparcamiento. Recorremos todo el camino hasta que entro en el aparcamiento de un centro comercial en ruinas. Por el rabillo del ojo, la veo bajándose las bragas a toda prisa. El coche apenas se ha detenido cuando ella ya está en mi regazo, con sus piernas atercio-

peladas ceñidas contra mis costados, a horcajadas sobre mí y besándome la cara con pasión.

—No me canso de ti —le susurro al oído mientras ella me desabrocha el cinturón.

Y es cierto. Al parecer no soy capaz de saciar mi apetito por esta chica. Cuando esto empezó, pensé que tal vez solo iba a ser una aventura, impulsada únicamente por el deseo y la atracción de lo prohibido, pero ya han pasado más de cinco meses y me estoy encariñando con ella por algo más que por su cuerpo.

Solía pensar que era muy inocente, pero su apariencia dulce y virginal es solo una fachada. Jade debe de ser la mujer más loca por el sexo con la que he estado, y eso me parece de lo más seductor.

—Yo tampoco me canso de ti —dice con un jadeo en el momento exacto en que se baja sobre mi pene y me deslizo en su interior con facilidad.

Dejo escapar un gemido y me aferro a sus caderas.

—Siempre estás tan húmeda para mí...

Sus respuestas no son más que gemidos y jadeos mientras se mueve sobre mi regazo con fervor.

¿Cómo coño he tenido tanta suerte? No soy tan buen tío, y no puede ser que me haya tocado el buen karma. Desde luego, no me merezco sentirme tan bien tan a menudo, pero esta pequeña joya de mujer parece pensar que me merezco nada menos que cuatro orgasmos al día.

He pasado por suficientes malos momentos en mi vida como para saber que mi buena suerte debería haberse agotado hace mucho tiempo.

Jade es dulce y buena; en cambio a mí la mayoría de los días no me soporta ni mi propia madre. ¿Dónde está el truco?

—¡Sí! —grita solo unos segundos antes de que yo me corra, gimiendo tan fuerte que cualquiera en el centro comercial podría oírnos. Se desploma contra mi pecho, tratando de recuperar el aliento—. Estas salidas para almorzar no van a ser tan divertidas cuando él se entere.

—No habrá más salidas para almorzar cuando él se entere —respondo.

—Supongo que tienes razón... —Se levanta y pone sus ojos a la altura de los míos, y yo levanto la mano para apartarle el flequillo de

la frente. Saca el labio inferior y sopla para volver a poner en su sitio su cabello revuelto, y eso me hace reír. Cuando me doy cuenta de que la estoy mirando fijamente durante demasiado tiempo, frunce el ceño—. ¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —respondo, echándome hacia delante para besarla en los labios.

Probablemente debería decirle a Jade que es demasiado buena para mí, demasiado dulce, demasiado inteligente, demasiado perfecta.

Pero no lo hago porque temo que, si se lo digo, la perderé.

Solo había una persona que entendía perfectamente lo que necesitaba. Una persona que me hacía sentir que podía mejorar. Una persona que me hacía sentir lo bastante bueno.

Y todo eso era solo una fantasía en mi cabeza, una fantasía que ya se ha terminado.

Jade se baja de mi regazo y se limpia con los pañuelos que guardo en la guantera para situaciones como esta. Luego se vuelve a poner las bragas mientras yo me guardo el pene dentro de los pantalones por segunda vez hoy.

—¿Sigue en pie lo de ir al cine esta noche? —pregunta.

Me vuelvo hacia ella, recordando de repente que había comprado entradas para la sesión de las siete.

—Sí, si todavía quieres. Podrás escaparte, ¿verdad?

—Le diré que voy con unos amigos.

—Perfecto. —Entonces me agacho y vuelvo a besarla. Cuando ella sonríe, busco alguna señal que me explique por qué le gusto tanto a esta mujer. Como si la respuesta estuviera escondida en sus expresiones. Pero no hay nada. Solo esa sonrisa y una expresión llena de inocencia.

—Será mejor que nos vayamos o empezará a sospechar algo —responde ella.

—Por supuesto. —Pongo el coche en marcha y salgo del aparcamiento en dirección al restaurante de *sushi*.